

me figuraba que sería cosa mejor; es una cualquiera, y cuando más no se le puede conceder más lugar, que de una buena garbancerita, es hacendosa y de veras que para eso vale la plata, muy vanidosa desprecia mis dádivas, y el día menos pensado se la birla cualquier gañán; cada oveja con su pareja. Y se desanimó completamente; volvió á verla después en una concurrencia, de túnico, resucitó su pasión con más fuego, y después de pensar mucho, se aventuró á escribirle una carta, no tuvo contestación, dudó de la mandadera y puso otra obligándola á que en su presencia se la entregara, se ocultó en el arroyo para ver si la recibía y vió, que después de negarse Camila, insistió la vieja que la llevaba, y fastidiada le echó con todo y epístola dentro del agua; en fin, tanto hizo por perseguirla que asediada Camila, no habiéndole valido los términos de prudencia, delante de algunas personas lo puso en la plaza de vuelta y media, diciéndole mil claridades, á las que no tuvo ni qué contestar, desde entonces perdió las esperanzas, pareciéndole aquel hecho sólo propio de gente ordinaria, cuando él á más de haberse conducido peor en su necia pretensión, se vengó con difamarla, sosteniendo su concepto de que no podía merecer más calificación que de una magnífica garbancera, por eso es que ahora que la veía celebrada por personas formales y de alguna suposición, se daba al demonio de coraje y no hallaba cómo apocarla.

Se volvió Camila á acercarse á la carretela, y pidió á su padre su bolsa de instrumentos para no molestarlo cada rato. — ¿Qué dice el overo, niña? preguntó D. Juan. — Nada, señor, mirelo vd., le contestó. Lo miró D. Juan con cuidado y dijo: — No le veo nada. D. Manuel hizo de entrometido, y tratando de entablar conversación con Camila, sacó casi medio cuerpo por la portañuela, se agachó mirando con avidez y no advirtiendo algo con que cocorearla le preguntó: — ¿Pues qué le ha sucedido? Camila tomando la bolsa de instrumentos, le respondió luego: — Que se ha quedado como vd., boca abajo; tómese esa por metichí, ja, ja, ja, y se volvió á contarles la ocurrencia á sus compañeras que rieron con ganas, haciendo lo mismo los de la carretela, excepto D. Manuel que con el rostro encendido apretaba los puños de cólera, pues tomando aquella res-

puesta por un insulto y con doble sentido, le ardían las orejas y no hallaba cómo tomar venganza, por lo que no pudiendo contenerse dijo: — Ahí tienen vds., siempre la cabra tira al monte, aunque vds. me sostengan lo contrario, no me podrán negar que esto no es agudeza sino grosería, y la encina no puede dar más que bellotas. — Me sostengo en mi opinión, dijo D. Juan, picado de verse contrariado, han concurrido en este caso las mismas circunstancias, y están más bien acomodadas al chiste y á la naturalidad.

— Así parece según el modo de pensar de vd., señor D. Juan, pero las aplicaciones son dichas con malicia, tienen mucho veneno, y sólo son propias de la gente soez, no de una niña en que suponen vds. mil bondades. — Yo, prosiguió Garduño, me formo un concepto y lo sostengo, he dicho que es esa niña un diamante sin pulir, confieso que es descendiente de gente humilde é inculta, en una palabra, pobre, y eso para mí es de más mérito, veo sus buenas disposiciones, su viveza, y sobre todo su corazón puro, sus arregladas costumbres, su sencillez, pues otra muchacha con esa carita, quién sabe ya á la hora de esta si estuviera más pervertida que las cortesanas que sólo estudian vender caros sus favores. — Como que no ha faltado, continuó diciendo D. Juan, quien haya tratado de seducirla valiéndose de cuantos medios le ha sugerido su perversa intención, yo sé de alguno que se ha quedado teniendo la peña, y cuidado que cuando no se escasea el dinero en esta clase de negocios, no prestan mayor resistencia, todos sus arbitrios fracasaron, se estrellaron sus propósitos y como dicen vulgarmente, de la mano se le ha volado el pájaro; no sin haber sentido sobre su orgulloso rostro la merecida bofetada que castigó su osadía; pero, amigos, hablando con franqueza para las pobres mujeres no hay más que la ley de nuestro paladar, les hacemos una ofensa, y si nos contestan lo mismo no agraviamos, somos los más viles, perversos y relajados, y si nos sucumben á nuestro capricho y escuchamos una claridad, las calificamos de ordinarias, soeces y cuanto se nos viene á la mente, cuando nosotros sin guardarles el respeto debido á su sexo, á su estado, ni á su persona, hemos sido los más canallas, y miserables.

El cura que traslució el espíritu de D. Juan, pues ninguno



mejor que él sabía los secretos de Camila, quiso darle otro sesgo á la conversación y tomando la palabra dijo: — Se están vds. separando de la cuestión y para juzgar del hecho, si vds. me lo permiten emitiré mis humildes conceptos, comenzaremos por examinar el caso y luego juzgaremos. Cuando esa niña se aproximó, D. Juan le dijo: — ¿Qué dice el overo? y ella respondió lo que debía: — Nada. Esa respuesta es propia, pues nada puede decir el caballo, mas como antes lo había visto tan sudoso, ella agregó: — Véalo vd., como dando á entender: ya está fresco, no tengas más cuidado, esto manifiesta advertencia, viveza y discernimiento, para que conociera que el overo no corría peligro de aselearse y cesaran sus temores, entonces mirándolo no le advirtió nada y así lo manifestó, aquí quedó terminado aquel diálogo promovido por D. Juan; pero he aquí la curiosidad, el entrometimiento ó no sé qué le dió al señor D. Manuel en tomar cartas, se pone también á mirar y á pesar de no advertirle nada al overo, y de haber oído la opinión del señor, neciamente pregunta: — ¿Pues qué le ha sucedido? y he aquí la agudeza, que estando el señor aún agachado contestó ella lo que en aquel instante se le presentaba á la vista, que se ha quedado como vd. boca abajo, y efectivamente ambos guardaban igual posición, así respondió á su curiosidad, á su necia pregunta confirmando su opinión de castigar su entrometimiento con decirle todavía, « tómesese ésa por metiche », como quien dice: esta es tu reprimenda, no te hablo á ti, qué te importa, esas cosas consiguientes que son muy naturales en un carácter franco á la vez que sencillo y no entiendo que las ha pronunciado con prevención, malicia ni mucho menos el veneno que D. Manuel les atribuye. — Yo también meteré mi cuchara, dijo Garduño, á pesar de que las razones expuestas ya son demasiado convincentes; dice D. Manuel que ha sido un insulto la reprimenda que ha llevado, y al expresarse así permítame que le diga que se hace muy poco favor, pues da á conocer, ó su poco discernimiento ó su predisposición emponzoñada que lo hace ver todo lleno de veneno, yo cambio la cuestión y con mucha causa le digo que él es el que verdaderamente insulta á esa niña con quererle apropiarse aquello « de la cabra tira al monte », « qué puede dar la encina », etc., en presencia de

personas que le dispensan su aprecio, y de su padre mismo que jamás consentirá ni de chanza que el concepto de su hija esté á merced de un necio que tal vez en su tierra sería limpia letrina ó quién sabe si cosa peor, pues...

D. Juan y el cura que vieron que aquello podía parar en una incomodidad, trataron de cortar la conversación, y D. Manuel que vió el semblante serio de Garduño y conoció que llevaba el cuento perdido, aguantó sus claridades hecho un demonio de coraje, tratando de meter bulla para disimularlo. Llegaron á la hacienda, y mientras D. Juan enseñaba á su amigo sus oficinas y lo hacía tomar posesión de todo, las niñas partieron para el jardín corriendo entre las flores cual doradas mariposas; se fueron al chiquero y abriéndoles á los mamantones empezaron á acariciar á los corderitos chicos, á espantar á los más grandes armando boruca y gritando como ellos.

Camila y otras dos se arrinconaron en el jardín con multitud de rosas y otras flores y después de un largo rato volvieron silenciosas. Se les puso un columpio, y unas meciéndose y otras bailando se entretuvieron hasta las doce que se dió la voz de: á almorzar; hizo Camila á una de sus anteriores compañeras una seña y capitaneando á las demás se fueron para el comedor: el almuerzo aunque sencillo fué abundante, reinaba el buen humor, la franqueza, Pepe echó un brindis, lo siguió el cura, luego D. Juan, Garduño les contestó y empezaron á exigir á D. Manuel que también brindara; se excusó con que era muy torpe, que nada discurría. — Ya lo sabemos, D. Manuel, respondió Camila, excuse persuadirnos, pero demostrar su regocijo con cuatro palabras, lo hace el más topo; diga vd. algo, no sea zoquete. Y dándoles de codo á las demás, todas gritaban con entusiasmo: — ¡Que brinde D. Manuel! ¡que brinde D. Manuel! Tanto lo encocoraron que dijo: — Yo no brindo hasta que vds. lo hayan hecho, yo seré el último, lo bueno queda para los postres. — Eso nos había de haber dicho, angelito de mi alma, respondió Camila. Hizo una indicación á sus dos compañeras susodichas que al disímulo se separaron, y tomando una copa de vino se paró muy ufana dando manazos en la mesa repitiendo: — ¡Bomba! ¡bomba! y todas las secundaban; pasada la boruca, Camila alzó por alto su



copa y dijo con voz clara y firme: — Brindo por mí y á nombre de mis compañeras, por la bienvenida de mi padrecito y porque siempre veamos coronadas de rosas, á las personas que más queremos. Dejó la copa y sacando una corona de flores que tenía oculta debajo del rebozo, precipitadamente la colocó en la cabeza de Garduño, á tiempo que hacía lo mismo Lucecita con D. Juan y Vivianita con su hermano el cura, ínter las otras aplaudían llenas de alegría y los músicos con dianas aumentaron el regocijo.

Aquello sacó de juicio á los coronados que no aguardaban aquella fina demostración de cariño; D. Juan de cada manazo que daba sobre la mesa hacía saltar los trastes y vasos, el cura con los ojos arrasados de lágrimas de plater, no hallaba qué decir, Garduño abrazó á Camila, se la sentó en las piernas, la estrechaba contra su corazón y delirante se atrevió á besarle la frente en la que también cayeron sus lágrimas ardientes de gozo; todos parecían locos, hablaban, gritaban, palmoteaban, abrazaban á sus allegadas, pues verdaderamente sorprendidos, no encontraban cómo corresponder á aquella sencilla pero muy declarada muestra de su amor; por fin, se aquietaron mirando los estragos de la mesa, en la que había platos quebrados, vasos volteados y los vinos y licores anegando todo; cuando se restableció el orden siguió la carga contra D. Manuel, y tanto lo obligaron que por último, formuló su discurso, lo estudió varias veces quitando ó aumentando en su mente varias expresiones, y se paró impertérrito anunciando su bomba.

Las malditas muchachas á imitación de Camila, empezaron á toser, sonreirse, á fijarle la atención y á secretarse; él en aquel instante olvidó su discurso, su oración le parecía insulsa, en el acto quiso mejorarla, y por fin, nada pudo improvisar, batallando consigo mismo, comenzaba una frase, no sabía cómo continuarla y después de balbucir algunas palabras sin filiación, dijo fastidiado estirándose los cabellos: — No discurso nada, soy un macho, y se sentó muy avergonzado de su torpeza; aplaudieron con vivas su elocuencia, y Camila dijo con desenfado: — Esas palabras le han salido del corazón, y no es mal sastre el que conoce el paño.

Se levantaron de la mesa y volvieron al jardín, continuaron

las travесuras y se rieron mucho con los chistes de Camila que elogiaba el talento de D. Manuel, y éste, D. Juan y el cura después de invitar á Garduño, se metieron á las habitaciones á dormir siesta. Garduño cual si fuera un mocoso de doce años, á todas les daba taba en unión de Pepe; extrañó Camila á los demás señores, y sabiendo que se habían retirado á dormir, decía: — Es una inconsecuencia, es una vileza dejar á mi padrecito solo y á las visitas, ¿qué dicen, muchachas? no los dejamos dormir. — ¿Pero si se van á enojar? respondió la hija más chica de D. Juan. — No tengan cuidado, anda, tócale la puerta y le preguntas á tu papá, á qué horas los han de recordar, y te vuelves. Fué la chica y obedeció: — A las tres, le respondió D. Juan que empezaba á conciliar el sueño. Cansadas todas de marotear, se dispersaron por diversos puntos á platicar, Camila se sentó en el suelo y precisándolo á acostar á su padre sobre la hierba colocó su cabeza sobre sus piernas haciéndole caricias y travесuras, se secretaba con él. Pepe mirando el columpio vacío, se paró en el mecate por humorada y comenzó á mecerse; cuando ya que estaba elevándose bien, se paró Garduño, se emboscó en el jardín, apareciendo á poco componiendo con su navaja una buena vara de membrillo, se puso enfrente del columpio y al descender Pepe de su altura le tomó con ambas manos, los dos pies quedando al aire, sostenido con los brazos, y al mismo tiempo empuñando Camila la vara se puso por un lado soltándole á Pepe de varazos diciendo: — Tenga Diablo la mula que buscaba para empelar su tronquito. Y le dió una tunda de primera; así que dejó Garduño á Camila que le aplicara algunos varazos, le soltó los pies, recogió su vara, y carcajeándose de ver las retorcidas que se dió Pepe sin poderse librar, se fué á sentar con Camila que riéndose también decía: — ¿No le dije anoche, D. Pepe, que ese maldito diablo me la había de pagar? yo le quitaré la maña de volvernos á tratar de mulas.

— ¿Pero qué mulas ni qué cuernos? — ¡Cómo! ¡qué mala memoria! ¿conque no vino ayer á empelar un tronquito? ya sabe que las mulas de esta clase no dan patadas, sino varazos en las nalgas. Cayó Pepe en la cuenta, y no pudo menos que aguantarse fuerte y reir á carcajadas con su amigo. Cuando



calculó que los de la siesta volvían á empezar á dormirse, mandó á otra de las niñas á preguntar que si era cierto que á las tres los debían de recordar, luego volvió otra preguntando si ya serían las tres para despertarlos, y por fin, ocurrieron todas disputándose la preferencia de avisar que ya eran las tres.

Se levantaron muy encamorrados y sin haber podido dormir. — Caray, amigo D. Juan, dijo Garduño al verlo llegar bostezando y estirando los brazos, con razón está vd. tan gordo, si duerme como un lirón. — Qué había de dormir, señor Garduño, si estas muchachas son tan eficaces que lo echan á perder, y no nos han dejado dormir; además de la boruca que han estado armando, cada rato me recordaban para ratificar mi encargo, al señor cura le metieron en la pieza contigua un primalito que lo ha acatarrado con sus balidos; D. Manuel se tiró en un canapé de la sala, y han estado entrando y saliendo, abriendo la ventana y golpeando puertas, estas malditas son el mismo Judas. — Y si yo les dijera que todo ha sido pacto de esa bribonzuela de Camila, ¿qué dirían vds.? — Que es la juditas principal, y que se ha salido con la suya. Les hizo D. Juan una seña á sus dos compañeros, se separaron y les dijo: — Es necesario tomar la revancha, vamos á discurrir una maldad que hacerles; voy á mandar traer un becerro bravo y se lo soltamos para que las revuelque. — No, dijo el cura, esa es maldad muy pesada, otra cosa, ¿vd. qué discurre, D. Manuel? — Sería bueno ya que les gusta el columpio hacerles subir, y cuando estuvieran más elevadas, cortar los mecates y pataplum, llevaban un costalazo. — Si no se trata de matarlas, no sea vd. bárbaro, dijo D. Juan, sino de hacerles una maldad. Pepe malició de lo que hablaban los tres que para convenir su plan se retiraron de Garduño y las niñas, y sin ser notado por ellos, estuvo escuchando oculto tras de unos rosales todas sus maquinaciones; después de varios debates, quedó por fin arreglado que retardarían lo posible su regreso, que D. Manuel desde luego se adelantaría con cuatro peones de la hacienda á ponerles una emboscada en el puerto, lugar que en un tiempo fué muy temido, y aún conservaba fama de que allí siempre robaban, que dispararía una pistola de bolsa para azo-

rarlas, y cogiéndoles sus compañeros las riendas á los caballos, las despojaría de sus rebozos y demás cosas que pudiera para darles un susto á todas, y tener con que embromarlas, desquitándose así de sus travesuras. — Una cosa me ocurre, advirtió D. Manuel, que como con ellas viene ese D. Pepe, y naturalmente tomará su defensa.

— Dice vd. bien, replicó el cura, todo nuestro plan viene abajo, ahora sí se puede decir que á esas niñas las ampara el diablo. — No, señor, no, señor, ¡feliz idea! exclamó D. Juan, como que D. Manuel se va dentro de un rato, queda libre su asiento, nos empeñamos en que se venga D. Pepe con nosotros y ya se quedan solas las ocho muchachas, las dejamos adelantar, y como no hay quien las contenga se van maroteando, y sin sentirlo se hallan en el puerto sin tener quién las auxilie; con cinco hombres para todas creo que es suficiente, se les previene á los peones que cada cual coja de las riendas dos caballos, y vd. queda libre para despojarlas á su sabor, seguro está que pongan resistencia, la sorpresa y el susto, cuando más hará que peguen sus chillidos; sólo le recomiendo á vd. que no vaya á querer hacer la cosa tan á lo vivo, que nos cueste la chanza una pesadumbre, en cuanto estén despojadas ocurrimos nosotros, vd. se oculta, toma el camino del pueblo con las cosas que les quite, y allá en la casa de vd. las pandorgueamos y les devolvemos sus prendas; conque con mucha moderación condúzcase vd., D. Manuel. — Sí, sí, no tenga vd. cuidado, voy á parodiar á Diego Corrientes, el bandido de la Calabria.

— No, D. Manuel, prosiguió el cura, ese hombre era temible, nos va vd. de veras á espantar esas criaturas. — Sí, es verdad que era temible para los hombres, pero sumamente cortés con las damas, y sin tocarles un cabello las despojaba bonitamente, así quiero yo hacer, no tengan cuidado; mande vd. que me ensillen un caballo, y si tiene pólvora renovaremos la carga de mi pistola para que no tal vez vaya á mentir. — La pólvora está en la alacena del despacho, en un frasquito, sálgase vd. al disimulo y dígame á Lucas mi cochero que le ensille uno de mis caballos, el rosillo que tiene mucho brío. — No, no, ya sabe vd. que yo no soy jinete, sus caballos son muy bravos, quiero uno de



buen genio, humilde, que me deje maniobrar sin tener que cuidarme de él. — Pues, hombre, eso está malo, todos los humildes como vd. dice, los traen esas muchachas, sólo que quiera vd. el Chimpas de Tomasa la cocinera, está flacón, y es de buen genio. — ¿Cuál, cuál? ¿ese que lleva los canastos para el recaudo, color de ceniza? — El mismo, y si le gusta á vd. mejor, porque no lo extrañarán, que le pongan sus propios arneses, y procure cuanto antes marcharse, nosotros lo disculparemos diciendo que un urgente negocio lo ha hecho seguir para el valle, ó cualquiera otra parte de rumbo opuesto.

— Magnífico, magnífico, voy á disponer mis cosas, me disfrazo, le pido los peones al trojero y marchó; hasta luego, hasta luego. Y salió presuroso muy ufano, mientras los otros se reunieron con Garduño y las niñas que lo tenían preguntando: — ¿Adónde venden pan y queso? Pepe se fué siguiendo á D. Manuel, lo vió sacar el frasco, cargar la pistola y la dejó sobre la mesa, saliéndose en busca de Lucas. Entretanto le ensillaron el Chimpas y fué á pedir los peones á la era, Pepe descargó la pistola, la atarragó de tacos de papel, y la dejó en el mismo sitio, internándose para las caballerizas, desde donde vió á D. Manuel colocarse la pistola en la cintura, montar y taloneando su corcel emprender su camino con los cuatro indios armados de herramientas de campo, con dirección al puerto, diciendo muy satisfecho: — En marcha, hijos, que si la cosa nos sale bien, el domingo que bajen al pueblo les doy su gala, un par de pesos á cada uno y su botella de chinguirito. — Está bueno, señor amo, contestó el más ladino, ya lo oyen vds., compañeros, á las riendas y nada más, que el amo D. Manuel después hará lo que quiera. D. Manuel muy contento decía consigo mismo: — Ahora pagarás, Camila, tu vanidad, yo te enseñaré á que te burles de mí; la ocasión es oportuna, pues ayudado de estos hombres les mando que la amarren, me la internen al bosque, y allí... sin que pueda defenderse, haré de ella lo que se me antoje, sí, sí, ya está dicho, seguro está que ella lo diga, porque perdería casamiento, y quiera ó no será mía.

Entretanto decía Pepe, al mismo tiempo: — No te arriendo las ganancias, Diego Corrientes, yo te enseñaré á quedar bien espantando mujeres; ni de chanza consiento que las trates de

humillar, chapaneco maldecido. Y se fué para el jardín á desatar su reata que había servido de columpio. En esta operación lo encontraron los demás señores que ya salían para ir á tomar chocolate, con esto ninguno sospechó que estaba al tanto de su proyecto.

Ya en la mesa promovió D. Juan conversación de que no dejaba de haber sus ladroncillos por aquellos rumbos, que era necesario irse temprano. Una de las hermanas del cura empezó á azorarse, y las hijas de D. Juan que no tenían mucho miedo la animaban, se trabó como era natural una disputa, y el resultado fué que se comprometieron ellas á ir por delante de descubierta, confiadas en que D. Pepe las acompañaría. Este que sabía por qué se suscitó aquella conversación, fingiéndose ignorante, también aumentó las burlas tratándolas de cobardes, se picaron y dijo Camila: — Por cierto de calzonudos, vamos ocho y si nos salieran los ladrones, sólo á gritos los atarantamos, ¿es verdad, muchachas? que se vaya en la carretela D. Pepe, no necesitamos guajes para nadar, al cabo ese zambo de D. Manuel ya se fué, que nos quieren meter miedo, si por aquí en dos leguas de distancia nadie roba, ya colgaron al Grillo, y se llevaron á D. Gaspar y otros bichos, yo lo sé bien; nos vamos solitas y por delante, ya está dicho, no nos espanta el coco, vamos á cortar rosas para ir enfloradas. Al estar en esta operación, llamó Pepe á Camila y le dijo: — ¿Ya sabes de lo que se trata? — No, D. Pepe, cuénteme por vida suya. La impuso de todo, y ella restregándose las manos y brincando de gusto decía: — Qué bueno, D. Pepe, qué bueno; présteme á Cupido y verá cómo trato á ese bestia de Diego Corrientes. — No, hijita, tiene unos movimientos muy fuertes y te chispa. — No, D. Pepe, por vida suya, me acorta vd. los dos estribos, antes de llegar al puerto me siento como hombre, y no me tira, yo se lo aseguro, sobre que ya le he contado que sé jinetear becerros, yo me apretaré bien, ande, ande, déjeme ir en el Cupido. Y acompañaba sus súplicas con cariños. — Está bueno, te arreglaré los estribos, pero lo manejas con tiento, no vayas desde aquí bulléndolo, porque no lo sosiegas, y á la hora que lo necesites, no más le aprietas los talones y lo indilgas, sin darle mucho hilo porque se endurece un poco cuando se enoja.



— Pues ahora con esas advertencias menos me tira, y mira ¿cómo que me deja por olvido su espada en la silla, eh? — ¿Quitas de matar al enano ése? conque sólo le endereces el caballo basta, te agarras y lo dejas, que él solo sabe su obligación. — No, si yo quiero darle unos cuantos fajos, seguro está que se la meta de punta. — Pues procura ocultarla, móntate del lado derecho y la cubres con tu ropa, vale que no es larga, prevén á tus compañeras, disimulen bien, y si le das una suaca á ese orgulloso gachuso te doy tu medio nuevo. — Convenidos, D. Pepe, Dios se lo pague; voy á enseñar á Diego Corrientes cómo corresponden las garbanceras á sus caricias, ¿vd. cree que sea tan indino que ha dicho que sólo estoy buena para garbancera?

Pepe se fué á disponer los caballos, mientras Camila arregló con sus compañeras su plan de ataque, y mandó á todas armarse de varas de membrillo recogiendo para ella la que le sirvió para festejar á Pepe, convinieron en que ella se iba en el Cupido, Lucecita que era también jineta en el overo, y en un tordillo de D. Juan que era regular, Vivianita la del curato. A las cinco dadas, estaban todas muy risueñas con los sombreros enflorados, montando á caballo, muy provistas de varas que suponían que eran sus armas. Las formó Camila de dos en dos, y ocultando perfectamente la espada, empuñó su vara y mandó desfilar á sus soldados, imitando en lo posible la corneta. — ¡Pobres muchachas! decía el cura al verlas ir adelantándose tan ufanas y alejarse; este es el mundo, nadie puede adivinar lo que le espera. — ¿Por qué dice vd. eso, señor cura? ¿qué, es verdad eso que dijo D. Juan de que por aquí merodean algunos bandidos? porque sería una majadería exponerlas, vamos aquí cuatro hombres y...

— Tranquilícese vd., señor Garduño, prosiguió Pepe, eso que dijo Camila es cierto, dos leguas de aquí, por el sur, y cuatro por cada uno de otros vientos, no ha de haber quien robe mientras existan los Hermanos de la Hoja; yo conocí que se trataba de hacerlas ir en juicio y llenas de sobresalto, por eso no hice empeño en acompañarlas, sino antes bien las obligué á que fueran solas, además, Camila es muy determinada, va en mi caballo sola, y estoy seguro de que no les ha de suceder nada. — Quién sabe, dijo D. Juan, una sorpresa, y en un parajito de

tantos como hay por aquí, hasta los hombres tiemblan. — ¿Luego vd. teme alguna cosa á pesar de lo que asegura D. Pepe? replicó Garduño, y en ese caso, yo me voy con ellas. — Calma, calma, amigote, lo pondremos al tanto, y ya que ayudó ó al menos disimuló á que nos dejaran sin dormir, ahora haga lo mismo para que las dejen un rato sin rebozos. D. Manuel con cuatro peones está encargado de nuestra venganza, está emboscado en el puerto y les va á pegar su susto y despojarlas para pararles la bola. — Yo lo que siento, dijo Pepe, es haber ayudádoles á vds. sin saberlo, no porque les hicieran esa travesura, sino por elencargado de hacerla; ese fatuo cinco cuartas, se bañará en agua rosada echándola de valiente con unas temerosas niñas, pero ya está hecho y adelante; vds. saben lo que hacen, ojalá que á Camila no se le duerma el gallo, porque puede ser muy bien que el tal D. Manuelito vaya por lana, y quede trasquilado, y ahora que me acuerdo, creo que Camila algo traslució, pues tenía mucho empeño en ir en mi caballo, y como me distraje en acomodar á las otras, fuí á dejar inadvertidamente mi espada en la silla, si ella va prevenida puede hacer una diablura, es muy loca, y en un arrebató tal vez darle su llegada al salteador, y le dió de codo á Garduño como dándole á entender que así sería. — Ojalá que así suceda, exclamó Garduño, ¡cinco hombres para esas criaturas! eso es seguro, las sorprenden y tal vez tendremos el pesar de ver regresar caballos sueltos, la verdad son chanzas muy pesadas, no estoy por el artículo; pero así lo han arreglado vds. que tienen en esa parvada tanto interés, como yo, ya no hay remedio, veremos que tal se defienden esas palomas del Gavilán. — Como yo conozco á D. Manuel tan hablador, dijo el cura, creo que no ha de hacer gran cosa, luego luego nos echó ahí la fanfarronada de que iba á parodiar al Calabrés, á representar á Diego Corrientes el bandido de las Calabrias que quién sabe cuántos siglos hace que se hizo de fama, sólo me tiene con algún cuidado el que quiera azorarlas descargando su pistola, tal vez puede bajar la puntería, preocuparse y darle un balazo á una de las niñas; es regular que ahora que renovó la pólvora la haya atacado á su satisfacción. — No crea vd. que haga nada con ella, es muy fatuo, replicó Pepe.

— ¡Cómo no! una fatalidad, una desgracia que son tan co-



munes, por algo dicen que á esas armas las carga el diablo. — Pues lo que es á esta del bravo Diego ha sido lo contrario. — No sé en qué funda su confianza. — Conozco algo la situación, señor cura, Dios me entiende y yo me entiendo. — ¿Por dónde van ya las niñas? preguntó D. Juan á Lucas su cochero, sacando la cabeza por la portañuela. — Horita están empezando á subir la cuesta. — Pues arrea para que no nos coja muy distantes la escena del Calabrés, ¡qué noche tan linda!

— Yo apostaría alguna cosa á que las gallinas se soplan al coyote, dijo Pepe, van tres ó cuatro muchachas medias jinetas en caballos regulares, el bárbaro ése en el caballo que eligió, no da un paso sin que sólo á testerazos lo confundan. — ¿Pero y la pistola, los cuatro hombres emboscados, la sorpresa y el sitio tan á propósito? replicó D. Juan, perdería vd. su dinero. — Pues gáneme algo; aquí está esta onza americana que no chilla, en la inteligencia que el que gane reparte su ganancia entre sus gallos, es decir, si pierdo, le da vd. sus cuatro pesos á cada bicho de éstos, y si gano á cada niña les dará el depositario un par de pesos, y seis á la que mejor se conduzca. — Arreglados, contestó D. Juan, mi amigo Garduño deposita, este reloj responde por mis veinte pesos. — Aquí está mi onza, señor tesoro. — Poco nos vamos á esperar para salir de dudas, dijo Garduño, yo presenciaria la pelea con mil amores. — Ya no tenemos tiempo, si lo hemos advertido tomamos á pie las veredas de los huacaleros; pero apenas estamos encumbrando y ellas irán llegando al puerto, arrea, Lucas, arrea.

Camila así que tuvieron una buena distancia de la carretela y acabó de obscurecerse, empezó á animar á sus compañeras previniéndoles que ninguna se dejara agarrar las riendas de su caballo, que Viviana viniera cuidando el lado izquierdo y Lucecita el derecho, llevándose en medio á las más pusilánimes y desconfiando del efecto de sus varas, con mil trabajos desgarraron unas ramas de encina de un grueso regular, para que las que cubrían los flancos no dieran varazos, sino garrotazos. — ¿Pero si nos va á atropellar ese hombre de un caballazo, ó de veras nos pega un tiro, qué hacemos tú? advirtió una de ellas. — Ni uno ni otro, respondió Camila, el caballo que monta es el Chimpas de Tomasa tu cocinera, que le pide licencia á un pie

para menear el otro, y la pistola se la descargó D. Pepe y sólo tiene tacos de papel; vds. defiéndanse no más de los de á pie sin gritar ni asustarse, déjenme á mí solita al zambo de D. Manuel, porque me quitaría el nombre de Camila, y me dicen que soy una puerca fodonga si no le doy una tunda que loco lo vuelva; miren, no vengo desprevenida, aquí traigo con que quererlo, y quitando la plerna de la cabeza de la silla, se sentó como hombre, empuñó y desenvainó la espada. — ¡Ay tú! exclamó la chiquilla de D. Juan, no vayas á matar á ese hombre, por Dios tal vez está en pecado y se condena. — Vale que ahí viene tata cura para que lo confiese, pero adonde se nos resista ya está que la lleva. Conque ya estamos á media cuesta, vámonos previniendo. Se apeó, dobló la manga al revés, la tendió á lo largo cubriendo la silla y arzones, y empezó á recoger la ropa de atrás y á acomodarse la de adelante. — ¿Qué vas á hacer, mujer? dijo Lucecita. — Ya lo ven, recojo estos trapos para que no me estorben, estos otros me sirven de calzones, y poniendo la manga así, no se rozarán mis piernitas con estos cueros tan duros, porque si yo no las cuido, seguro está que me las dejara curar de Diego Corrientes, ja, ja, ja. Se montó como hombre, y echó á andar. — De veras, de veras que eres muy buena machorra, repitió Viviana, si yo tuviera tu genio me la hubiera pagado ese indino de D. Manuel que andaba contando que yo le correspondía, mal haya él, tan alabancioso. — Si me hubieras comunicado tus cosas, yo te hubiera desquitado; pero cómo son tan reservadas, ya ves á la Lucecita le andan haciendo la rueda, y ella se hace que la virgen le habla, eso sí va bien jugada, es un hombre hecho y derecho, no, me engañé, es medio hombre por tan chapaneco, tiene un talento como punta de bola, es muy valiente y... — Camila, ¿me quieres hacer el gusto de no molerme? ya te dije que no tengo nada con él, y aunque es muy desvergonzado y me anda persiguiendo, he estado disimulando sus impertinencias por no darle á mi papá un disgusto, pero ya estoy resuelta que adonde prosiga con ellas, se lo aviso para que lo eche á noramala. — No se me enfosque, huerita linda, míreme aquí que parezco un hombre, y si conforme traigo enaguas usara pantalones, le daba á ese sujeto una llegadita, te echaba yo en la silla, y ojos



que te vieron ir, porque me cuabras mucho cuando te pones enojadita.

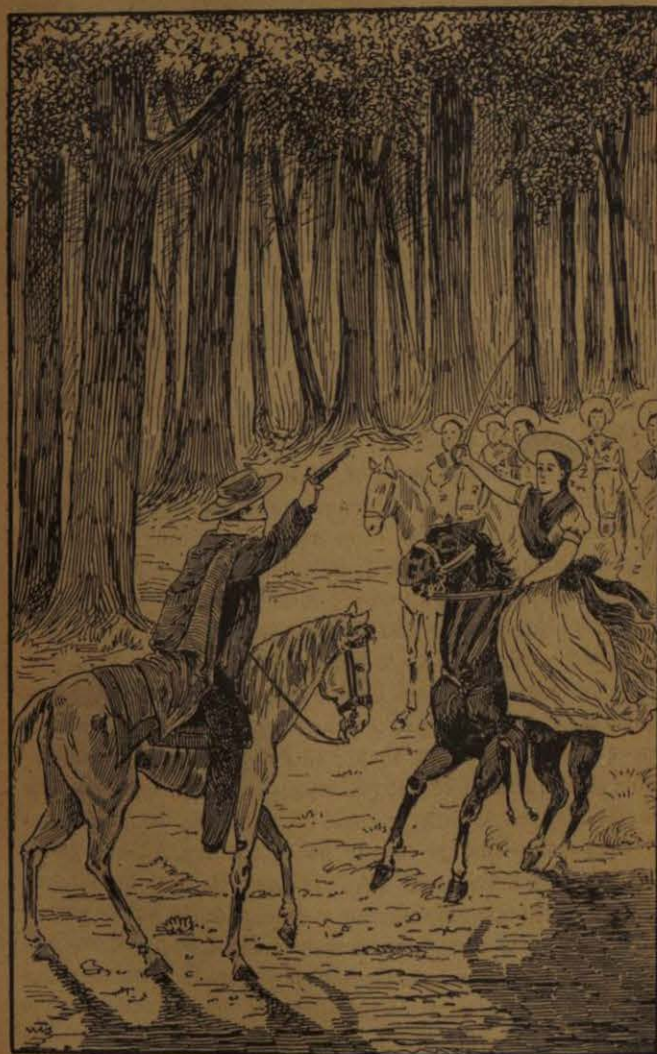
Con estas y otras sandeces acabaron de encumbrar riéndose todas. — Alto, dijo Camila, prevén tu palo, Lucecita, y de aquí no te despegas, tú también, Viviana, á tu puesto, vds. no se quiten de su formación ni se hagan bola; cuidado quién chilla, vamos cantando para que no crean que tenemos miedo. Se sentó bien en la silla, templó las riendas, le enseñó la espada á Cupido y echándole una roncada apretó los talones, se disparó el caballo con muchas ganas, lo sentó exclamando: — Ah, qué cuaco tan desengañado, muchachas, esta es la flor de canela, bien hayan los Hermanos de la Hoja que no montan cacomiztles. Vamos cantando el ángel. — No, es muy triste, dijo Luz, mejor la luna. — Tampoco, ¿no ves que se ha ocultado? — Cantaremos el peregrino, replicó otra. — Es tan cansado eso del áspero desierto, agregó Camila, es mejor una cosa burlesca; cantaremos el toro. — Sí, sí, el toro, repitieron todas, tú haces coro, Camila. Esta se colocó á la cabeza de su fuerza andando á buen paso, observando cuidadosamente por todos lados, teniendo lista la rienda y la espada bien asegurada, empezó á cantar con todo el torrente de su pecho: — ¡*Ahi viene el toro! ¡ahi viene el toro! señora, ¿qué haré?* y las demás respondían en igual tono: — *Preste su manga, preste su manga, lo capotearé. — Ya rasca la tierra, ya rasca la tierra, ¿qué me matará? — Ni entra ni nada, ni entra ni nada, parado se está.* Apenas acababan de cantar este último estribillo cuando saliendo un indio de entre los breñales quiso tomar las riendas del overo, el caballo cejó con violencia, y Lucecita enderezándolo, le dió un buen garrotazo en la mano al atrevido; Camila que lo vió parado teniéndose la mano golpeada con la buena, quebró veloz su caballo, y á la vez que le plantaba un planazo en la cara, le dió un encontronazo que lo aventó cinco ó seis varas, y fué á dar junto á un árbol de costillas, á ese tiempo asomó otro y la chiquilla conociéndolo le dijo: — Ya te veo, Rosalino, yo se lo diré á mi papá. Al verse aquel hombre descubierto, se emboscó, el otro que estaba del lado opuesto del golpeado, vió que su camarada cayó y no se levantaba, percibió con la escasa luz de la luna que relumbraba la espada de Ca-

mila y no se atrevió á salir, sino antes bien cortó monte y se largó con su compañero. D. Manuel que estaba también oculto á pocos pasos, asomó la cabeza, vió á todas paradas y suponiéndolas sorprendidas por los suyos, salió de su escondite dándole furibundos talonazos al Chimpas, que al sentirse tan acosado sólo estiraba el pescuezo y daba de pugidos queriendo trotar con marcado desaliento, alzó D. Manuel el brazo con la pistola gritando con todos sus pulmones: — *Alto a... hi, la bolsa ó la vida*, y estiró el gatillo, tronó el capsul y se quedó un instante absorto pues ninguno de los indios parecía por aquel sitio. Camila sin perder tiempo le contestó: — *Tenga su comer gorrión.* Enderezó al Cupido, que despachándose con todas ganas, le dió tal encontronazo al pobre Chimpas que cogiéndolo algún tanto atravesado fué á dar un soberbio costalazo á gran distancia, entonces se acercaron todas para impedir que Camila lo matara, pues siguiéndole el bulto, brincaba sobre los dos caídos del uno al otro lado afligiéndole cintarazos á Diego Corrientes, quien teniendo una pierna debajo, no podía desprenderse del Chimpas que muy hallado en su posición descansada ningún esfuerzo hacía para pararse; al ver D. Manuel relumbrar las herraduras del Cupido por sobre su cabeza, todo se encogía tratando de librarse, y abrazándose del pescuezo de su caballo. — ¡No lo mates! ¡no lo mates! decían las otras llegando muy sorprendidas á aquel sitio. — Háganle corralito, respondió Camila, para que no se nos escape este pillo, y picándole al Chimpas una nalga con la punta de la espada lo hizo parar más que de prisa con todo y jinete, le quitó la pistola de un estirón y se la dió á la chiquilla diciendo: — Si ésa mintió, estas que D. Pepe carga en la silla las manejan los hombres; háganse, háganse, déjenme fusilarlo. D. Manuel sentía morir, pero no se atrevía á chistar, y ya iba á descubrirse cuando Viviana intercediendo, y todas suplicando decían: — No, Camila, no, no le tires. Camila hizo la potiforma de buscar en el baquerillo, y fingiendo que sacaba las pistolas dijo: — Sólo porque vds. se empeñan, no despacho á este pícaro, toma, Lucecita, ya está preparada, adonde trate de escaparse suéltale el tiro; toma la otra, Viviana, y ya sabes. Se arrimó al Chimpas, le tomó las



riendas y dándoselas á otra le mandó que las estirara, y muy custodiado se lo echaron en medio, y tomaron la cuesta abajo al trote, afligiéndole varazos al caballo para que anduviera, y al jinete para que hablara, remudándose en esta operación por turnos. — ¿Cómo se llama, grandísimo pillo? decía Camila soltándole á la vez un cintarazo. No sea sinvergüenza, trabaje, grandísimo ladrón, descúbrase la cara, indino, queremos conocerlo. Pero por más instancias y trancazos que le daban, se obstinó en no darse á conocer, pensando de qué modo podría fugarles, porque si llegaban al pueblo en aquella disposición, iban á armar un gran escándalo; sacó el pie del estribo, estiró la pierna en que recibió el golpe, y mirándose ya cerca del pueblo en el carril de la salida se determinó á apearse violentamente, brincar la cerca, y escabullirse por las milpas, precisándole más que una de las niñas dijo:

— Ahora si lo conoceremos, pedimos vela en la tienda de doña Pachita y luego lo llevamos para el juzgado á que lo encierren en la tlalpiloya. Todo aquello era muy fácil, y sin perder tiempo se apeó, con la manga empezó á espantarles los caballos corriendo para uno y otro lado, intentó brincar, pero por más esfuerzos que hizo no lo consiguió, era muy chaparro y la cerca estaba demasiado alta, se dirigió para adelante, pero tuvo que retroceder, pues Camila espada en mano, venía á su encuentro, entonces no se le ocurrió más que correr con todas sus ganas para la cuesta abajo; en dos trancos lo alcanzó Camila y no queriéndole meter la espada, se la pasó á la mano de la rienda y con la otra le cogió la punta de la manga que llevaba embrocada, el caballo no se contuvo, él encogió el pescuezo y Camila se la llevó sin gran trabajo, quedándose D. Manuel sin ella, sin sombrero y sin el pañuelo que se enredó en la cara, mas como algo se resistió el barboquejo, eso motivó que llevara una buena empinada y arara la tierra dos ó tres varas boca abajo; se paró muy aturdido y empolvado pensando que Camila volvería y que las otras se le acercaban, tanteó la cerca de enfrente, percibió una especie de claro que se le figuró portillo, tomó aliento y furioso se arrojó por allí, prorrumpiendo en una ensarta de maldiciones al sentir las punzantes espigas de un grupo de nopales que eran los que había visto blan-



Tenga su comer, Gorrión, dijo Camila...



quear; todo lleno de abrojos y apoyándose sobre ellos mismos, llegó á echarse de barriga sobre la cerca, pero al empuje de subir la pierna se desbarrancó con todo y piedras para el mismo lado, cayendo en los troncos y hojas de los nopales que antes había quebrado, cubriendo su cuerpo las piedras sueltas y otras hojas nuevamente desprendidas, no atreviéndose á hacer el más leve movimiento por temor de espinarse más. Camila cuando volvía percibió el bulto sobre la cerca, oyó el ruido del derrumbe, y se figuró al no verlo por allí que siempre se había escapado, á las otras les ocurrió lo mismo y muy pesarasas, echándose una á la otra la culpa, recogieron el sombrero, el pañuelo y juntos con la manga, la pistola y el Chimpas, siguieron su camino; á la salida del carril volteó Camila la cara y percibió á la carretela parada más allá de medio callejón, y que con fósforos alumbraban por la cerca adonde se les fugó su prisionero. — Espérenme aquí tantito, les dijo, me voy á espiar, á ver lo que hacen. Y volviéndose pegada lo más posible contra la cerca, ayudada por la sombra de los pirús, llegó sin haber sido notada más que de Pepe que estaba parado enfrente de las mulas, mientras los demás y Lucas sacaban á D. Manuel de su escondite. — Véte de largo poco á poco, le dijo, hasta aquel pirú grande, y cuando marchemos te vienes pegada á la rueda de este lado. Así lo hizo Camila mirando que sacaban de debajo de las piedras y nopales á D. Manuel, alumbrándose con repetidos fósforos por no espinarse.

Desde que iban los de la carretela á media cumbre, esperaban oír el tiro, y por instantes escuchar lamentaciones, ver venir caballos sueltos ó alguna de las niñas sofocada y llena de miedo implorando su socorro; pero nada se percibía y todo estaba en silencio; cuando acabaron de subir, dijo Lucas: — Señor amo, ahí viene D. Pedro Pablo renqueando. — Llámalo y párate, respondió D. Juan, veremos qué le ha sucedido; ¿que ha habido? preguntó al peón luego que éste se hubo acercado á la carretela. — Nada, señor amo, le respondió, la jerramos de medio á medio, míreme no más su merced, por poco me mata la niña que va en el obscurito. — Cuéntanos el lance, hombre, ¿cómo estuvo eso? — Pues ya estábamos listos para cogerles las riendas, D. Manuel se puso adelante emboscado,



con el trabuco prevenido, las niñas venían muy confiadas cantando, yo fui el primero que salí y antes de pepearle las riendas al mascarillo, la niña Lucecita me plantificó en la mano un leñazo, señor, que hasta lucernitas vi, y cuando menos lo esperaba yo, se volvió la otra niña que lleva el obscuro, y dándome un tajo con la cuchilla en la cara y un testarazo con el caballo, me aventó hasta el ocote grande, donde me pegué esta descalabrada; Gerónimo que estaba de mi lado, arrancó luego y también Rosalino y Pedro José pintaron su venado, yo me fui arrastrando por allí hasta esconderme en un matorral; luego salió D. Manuel y aunque le estiró las mechas al trabuco, no salió el tiro, la niña del obscuro lo enderezó y lo despachó como los hombres, aventando al Chimpas de doña Tomasa un gran trecho, de donde lo pararon con todo y D. Manuelito á fuerza de varazos y cuchilladas, luego lo iba á fusilar la niña con las pistolas que sacó del baquerillo, y á tanto ruego de las otras se conformaron con llevárselo por ahí y se van todas empeñadas en saber quién es, menudeándole seguidito. — Toma estos dos pesos para que te cures, dijo D. Juan, ya te puedes retirar; arrea, Lucas. — ¿Qué hay de lo dicho, señor? le dijo Pepe, no ha de gastar el famoso Diego Corrientes mucha saliva en cortejar á las damas, y si necesitará curarse las costillas. — Vamos aprisa á alcanzarlas, dijo Garduño, quiero ver el papel que va haciendo el calabrés fanfarrón, por lo que hace á sus veinte pesos, señor D. Juan, écheles un galgo.

— Lo veo y no lo creo, exclamó el cura, cinco hombres para ocho niñas, ellos emboscados, ellas desprevenidas, y bien mirado no son ocho, son tres las únicas más atrevidillas, esto es sorprendente, las tres librarse de los cinco, golpeando á uno y llevarse prisionero al principal, al más temible que estaba montado y armado, y lo que es más, resentido, esto es increíble. — Arrea, Lucas, arrea mas que nos volques, repetía D. Juan ansioso de ver la escena.

Lucas contuvo las mulas, á media cuesta se agachó y dijo: — Por ahí está un herido que se queja. — ¿Por dónde? preguntó Garduño. — Allí junto á la cerca.

Se apearon, D. Manuel repitió sus lamentos y procuraron sacarlo de su punzante situación, después de haber acabado

una cajilla de fósforos en estar alumbrando, lo colocaron en los asientos delanteros en el lugar de Pepe, éste se paró en el estribo cubriendo con su cuerpo la portañuela, y Camila hizo lo que le previno. — ¡Ay, ay, ay!... repetía D. Manuel á cada movimiento del carruaje. — ¿Qué tiene vd., D. Manuel? preguntó el cura, qué ¿es cosa de cuidado? — Sí, señor, no puedo encontrar postura, esto es insufrible, ¡ay, ay, ay!... — Pues que paren, si se siente malo, ya sabe que yo soy un ministro del altar, procure coordinar sus ideas, yo le ayudaré á descargar su conciencia, ánimo, amigo mío, Dios es muy misericordioso, procure ante todo la salvación de su alma; ¿paramos? ¿se determina vd. á confesarse?

— No es para tanto, señor cura, pero que vaya despacio la carretela, que no se mueva tanto. Mandó D. Juan á Lucas que fuera paso á paso, preguntando: — Pero ¿qué sucedió por fin, D. Manuel? ¿quése, Diego Corrientes? ¿qué ha sido de las niñas? díganos lo que ha pasado.

— No se pudo aprovechar la ocasión, contestó, esos indios no salieron á tiempo, y cuando nos presentamos á la palestra, ya habían pasado de nuestro frente; mirando que no se logró el lance, le dí á cada uno par de pesos y los mandé á sus casas; seguí al alcance de las niñas, les pegué un grito aterrador, descargué mi pistola, y corrieron las pobrecitas cual azoradas cervatillas, yo por más que les gritaba que no se asustarau, que yo era, no pude conseguir tranquilizarlas, y van llenas de miedo precipitándose por todo el camino.

— ¿Y cómo es que lo hemos encontrado como á D. Quijote, mal parado y bien molido caballero?

— Una desgracia, un contratiempo fatal, la falta de mi caballo, luego que vi á esas criaturitas huir despavoridas, le solté la rienda poniéndolo á todo su galope; tropezó Tomasa con el Chimpas y fué á dar á la peña. Todos á un tiempo prorrumpieron en estrepitosas carcajadas, y queriendo D. Manuel enmendar su equivocación, prosiguió diciendo:

— No, tropezó con el Chimpas la peña y me desapeó Tomasa sin yo querer sobre esas malditas viznagas tan llenas de espinas. — Está peor el remedio que el mal, dijo Pepe volviendo todos á perecerse de risa. — Esa es la substancia, no sé lo



que digo, pero estas espinas me están molestando demasiado.

— Y el sombrero, la manga y lo demás, ¿dónde está? — Todo lo fui tirando para aligerar el peso. — ¿Y el Chimpas de Tomasa? — ¿Tomasa? por ahí va de largo asustando á las niñas, ó qué sé yo, me sambutió sobre los espinos y tomó su portante.

Escuchado todo por Camila, se deslizó violentamente y al galope muy pronto se reunió con las demás contándoles lo que D. Manuel había dicho. — ¡Qué embustero tan guaje! dijo Lucecita. — ¡Tan descarado! agregó otra. — Díganlo de una vez, replicó Camila, tan sinvergüenza, y ahora para entompearlos á todos, le vamos á seguir el barreno, y cuando esté más ufano creyendo en el tecolote, le vamos devolviendo sus prendas delante de los tatas, diciendo algo para Diego Corrientes, relativo á sus enamoramientos para que lleve un descolón, yo les aconsejaré lo que le han de decir y mientras, vamos á azorar á los gachucitos sus cajeros haciéndoles creer que de veras nos asustó Diego Corrientes; síganme.

Llegaron corriendo á la casa de D. Manuel tocando unas el zaguán muy presurosas, y Camila que se dirigió á la tienda, les gritaba: — ¡Cierren, cierren, que ahí vienen los ladrones! D. Zenón, abra vd. el zaguán antes que nos atrapen. Brincó Patricio el mostrador y ayudado de un borrachín cerró las puertas muy precipitado y descolorido. Zenón abrió el zaguán con precaución, fueron entrando todas haciendo exclamaciones, y Camila le decía: — Vaya vd., D. Zenón, vaya vd. corriendo en su socorro; ¡Ay Dios mío! si los habrán matado. Y como una loca le daba de empujones para que saliera. En esto llegó Patricio que mirando aquel empeño le dijo: — Anda, Zenón, anda en su auxilio. — Yo no puedo abandonar la tienda, le respondió muy descolorido, anda tú, Patricio, que te acompañe el señor. — Sí, sí, vamos, decía el borrachín, presten un fusil, y se arriscaba el sombrero muy contento. — Pero es el caso, dijo Patricio, que no tenemos en casa ninguna arma de fuego, ¡tal vez D. Manuel se enoje porque salimos sin su orden, ya conoces su genio. — Eso sí, replicó el borrachín, tiene mal genio D. Manuelito, nos quedaremos. Estaban en esto cuando llegó la carretela, ninguno de los dos dependientes quería abrir hasta

que por una ventana se cercioraron; conforme iban bajando los señores, se les echaban al cuello las niñas haciéndoles caricias y llorando como admiradas de verlos sanos y salvos, causándoles no poco sobresalto; Camila hizo lo mismo con el señor Guarduño, y acercándosele bien le dijo al oído: — No se sorprenda vd. porque es tompeate, y estamos haciéndoles la guanta.

D. Manuel apoyándose en los brazos de sus dos cajeros se metió cojeando para la recámara, y se tiró sobre su cama, entre éstos, el borrachín y su cocinera le quitaron todas las espinas que tenía.

Los señores se sentaron en la sala, las niñas estaban haciendo su conciliábulo en el corredor, y Pepe con Lucas asegurando caballos.

— ¿Qué dice vd. de esto, señor Garduño? dijo el cura. — Que cada vez entiendo menos, Pedro Pablo nos dijo una cosa, D. Manuel otra, las muchachas estaban azoradas, y todavía no sé la realidad.

— El resultado, dijo D. Juan, es que ellas le han festejado la persona, y no puedo comprender cómo fué á dar contra la cerca y estaba tan cubierto de piedras y nopales; estas muchachas son el demonio de que se juntan, y capitaneadas por esa loca de Camila son capaces de haberlo juzgado por muerto, echándolo allí y cubierto con esos escombros, venir á fingir que las seguían para curarse en sana salud y no dar lugar á que se sospechara de ellas.

Entró Camila y le preguntaron: ¿Qué les sucedió? ¿por qué fué tanto mitote? — Vaya vd. allá, respondió haciéndose la enojada, poniéndole á D. Juan una cara muy seria; vd. sabía muy bien que en el puerto siempre roban, y sin embargo, nos comprometieron á venir solitas por delante, la fortuna fué que cuando nos quisieron salir ya habíamos pasado, y azotamos y azotamos y no nos pudieron dar alcance. — Ya vds. lo oyen, dijo D. Manuel acercándose, pues desde la puerta había estado escuchando la relación de Camila, y para barajar la conversación preguntó: — Qué ¿no gustan de tomar algo? — Gracias, respondió el cura. — Yo nada, dijo Camila, tú sí, ¿no, chula? un bizcochito, tantito vino, queso, cualquier friolera, ¿no,



Lolita? — Si, contestó la chiquitilla, tomaremos algo. — ¿No sería mejor merendar? exclamó Luceita, haremos tortitas con puestas con chilitos, aceitunas, sardinas, chipocoles, tornachiles en vinagre, ¿qué apecece vd., papá? — Lo que gustes, mi alma. — Pues todo, gritó Camila, con eso cada cual toma lo que le agrada.

Hizo D. Manuel una seña á los cajeros para que trajeran todo, algunas de las niñas se fueron tras ellos para la tienda, y Garduño alcanzó al dependiente y le dió á cambiar la onza americana para darles á las muchachas los veinte pesos que perdió D. Juan, parándose en la puerta de la trastienda á esperar, volvió éste á poco, le entregó los veinte pesos que sin ruido se guardó en la bolsa del pantalón y volvió á sentarse en su lugar.

D. Manuel advirtió la primera parte, y se supuso que Garduño había dado algo al cajero para que se cobrara de lo que las niñas pidieran en la tienda, y desde luego quiso echarla de franco. Entraron las niñas á poco rato y colocaron sobre una mesa cuanto se les antojó tomar de la tienda, pues Camila les alzaba bonitamente. Se sentaron todos incluso D. Manuel, Ze-nón y Patrio, y antes de que comenzaran, le dijo á este último: — Devétele al señor lo que te dió, anda por ello sin dilación. — Hombre, dijo Garduño, eso es cuenta separada, yo le he dado... — No admito excusas, señor mío, ese es un agravio que me hace. — Pero ¡qué agravio ni qué calabazas! yo solo... — Ya lo dije, señor Garduño, hágame la gracia de no insistir, se lo pido por esta niña que tanto aprecia, no me desaire, yo sé lo que hago. — Y yo también, respondió Garduño, no quiero que nadie me regale, no admito favores que no solicito. — ¿De qué se trata? dijo D. Juan. D. Manuel le dijo al oído: — De devolver á este señor lo que ha dado, para que se paguen estas frioleras. Y señaló lo que había en la mesa. — Entonces tiene vd. razón, señor D. Manuel. No se excuse vd. más, amigo Garduño, rechá vd. lo que dió, porque sino también me agravio, somos buenos amigos y no digo más. — ¿Conque también vd. se empeña? — Sí, me empeño y si no nos da gusto me ofendo. — Pues, señor, les obedeceré, primero es la amistad que el dinero. Volvió Patrio y

entregándole la onza le dijo: — Americana, de á veinte duros, es la misma, véala vd. — Gracias, contestó Garduño dándose á Pepe diciéndole: — Esta es la depositada, guárdesela.

Merendaron todos muy bien, y promovíéndose conversación sobre la ocurrencia del puerto, Camila le dijo á D. Manuel: — Ya sabemos que vd. es muy amigo de ese bandido Diego Corrientes que nos ha asustado, ¿no es verdad? — Sí, lo conozco algo, así así, por encima. — ¿Qué no nos hiciera el favor de darle un recadito y poner en sus manos una encomienda? — Con mucho gusto, pueden vds. mandar. — Pues dispensando la confianza, hágame favor de decirle que muy pronto será la esposa de un valiente Hermano de la Hoja, que á los bandidos como el tal Diego, los aplasta con el pie como á cualquier insecto, y que en prueba de que lo desprecio, ahí le devuelvo esa manga que le quité cuando corría de mí como una pújila, que ya sintió el peso de mi mano, y por último, que no se meta á cortejar damas porque Cupido lo puede desquebrar de un carño. Vd. dispense mi molestia, D. Manuelito. — No hay de qué, y le haré presentes sus favores, haré desagradables por cierto. — Si, no dejan de ser sensibles, y por algún tiempo los tendrá presentes: ¿quién le manda ser tan tierno con las gar-bancerías? vale que vd. tiene talento, y lo autorizo para que á mi nombre le diga cuanto se le venga á la boca. — Señor D. Manuel, dijo Viviana la hermana del cura, yo le suplico á vd. que le diga á ese bribón de Diego Corrientes, que no sea albanecoso con andar contando que yo le he correspondido, que nunca recibí sus cartas que apestaban á azafrán, que ahí va este pañuelo que dejó tirado cuando corrí de Camila que lo empuñó de cabeza á medio carril después de haberlo trillado en el puerto. — Dispensando tanta impertinencia, D. Manuelito, dijo Luceita: hágame favor de darle este sombrero á ese infame saltador que nos iba á pegar un susto, y dígame que no me ande moliendo con sus pretensiones necias, porque ya conozco del pie que cojea, que yo nunca corresponderé á ningún pillo que á todas chonguet, y es tan cobarde que las mujeres lo azotan.

— Todo, todo se lo haré presente, respondió D. Manuel con el rostro muy encendido. — Todavía falta, dijo Lola, la chi-